

PASIONES, ACTAS DEL DOLORE
EN EL LIBRO DE BUENAS NOTAS
LUDWIG M. HARTMANN
DE LA
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

43

SANTANDER

22-26 de septiembre de 1999

PALACIO DE LA MAGDALENA

Universidad Internacional

Menéndez Pelayo

Al cuidado de

MARGARITA FREIXAS Y SILVIA IRISO

con la colaboración de Laura Fernández

CONSEJERÍA DE CULTURA

DEL GOBIERNO DE CANTABRIA

AÑO JUBILAR LEBANIEGO

ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

•MM•

ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER
22-26 de septiembre de 1999
PALACIO DE LA MAGDALENA
Universidad Internacional
Méndez Pidal

Al cuidado de
MARGARITA FREIXAS Y SILVIA IRISO
con la colaboración de Laura Fernández

© Asociación Hispánica de Literatura Medieval

Depósito legal: SA-734/2000

Carolina Valcárcel

Tratamiento de textos

Gráficas Delfos 2000, S.L.

Carretera de Cornellà, 140

08950 Esplugues de Llobregat

Impresión

·MM·

NOTAS SOBRE LA FORMACIÓN DE LA NOVELA EN LA EDAD MEDIA

ISABEL LOZANO RENIEBLAS
Colegio de Dartmouth

EL PROCESO de asimilación del tiempo y del espacio en el dominio de la estética literaria ha jugado un papel central en la historia del realismo. Cada género aportó a este largo proceso aquello que había desarrollado de manera más genuina. La novela de aventuras elaboró categorías tempo-espaciales nuevas que fueron cruciales en la preparación del realismo. Sin embargo, la comprensión de estas categorías ha sido sesgada pues se apoya en la convicción de que la novela de aventuras del Renacimiento nace como un género narrativo continuador de las novelas de la época helenística, haciendo *tabula rasa* de más de un millar de años: exactamente desde finales del siglo I en que aparece la primera novela griega, *Quéreas y Calírroe* de Caritón de Afrodísias, hasta 1552, año en que Núñez de Reinoso publica *Clareo y Florisea*. Entre una y otra media un largo período en el que se gestaron modificaciones y cambios importantes que no es posible valorar si se ignora la pervivencia del género en la Edad Media.

No le faltaba razón a Alan D. Deyermond cuando en un estudio seminal sobre la novela de aventuras en la Edad Media la denominó el género perdido de la literatura medieval.¹ Más de veinticinco años después, es preciso seguir insistiendo en la necesidad de rescatarla del olvido. A él ha contribuido, desde luego, más que ningún otro factor, la orientación estética vigente. En una época dominada por la estética realista, el género de la aventura ha sufrido paulatinamente el descrédito y la marginación hasta verse recluido al ámbito de la literatura juvenil. Y así ante la incomprensión del papel del género de la aventura en la historia de la novela, la crítica ha optado por desterrarlo del dominio del realismo y etiquetarlo con el calificativo de idealista. No se ha reparado en que la novela de aventuras aporta a la construcción del realismo su concepto de heroificación, que permite construir un héroe privado e independiente: una condición necesaria para llegar al héroe dinámico de la novela realista.

Pero sobre todo, estamos ante un género de una enorme vitalidad y flexibilidad que tiende a la hibridación. Esto es, propicia el acercamiento y la contaminación con

¹ Véase A.D. Deyermond, «The Lost Genre of Medieval Spanish Literature», *Hispanic Review*, XLIII (1975), pp. 231-259.

otros géneros, lo que hace que se manifieste históricamente de manera intermitente. El género nace en la época helenística, de la que se conservan cinco novelas completas y algunos fragmentos papiáceos.² Emerge de nuevo en Bizancio, a finales de la Edad Media aunque se tenía noticia de su existencia desde la tardía Antigüedad. En el siglo IV, el emperador Juliano (363) prohibió la lectura de las novelas eróticas, mientras que el médico Teodoro Prisciano las recomendaba contra la impotencia. En el siglo V, Filippo, un exponente de la escuela alejandrina de los neoplatónicos, interpretó de forma alegórica la novela de Heliodoro. En el siglo IX, Focio, patriarca de Constantinopla, resumió las novelas de A. Tacio, Heliodoro y Jámblico, entre otras, en su *Biblioteca*. Y los novelistas bizantinos de los siglos XIII y XIV escribieron novelas a imitación de Heliodoro y de Aquiles Tacio.³ Fuera de estas dos etapas claramente marcadas, la novela de aventuras ya no aparecerá hasta el XVI de forma autónoma, sino metamorfoseada en otros géneros o formando híbridos.⁴ Si bien es cierto que se conserva un reducido número de manuscritos medievales, sobre todo, de las *Etiópicas* de Heliodoro,⁵ y que los humanistas italianos del siglo XV estaban familiarizados con el

² Son las siguientes: *Quéreas y Calirroe* de Caritón de Afrodísias (s. I); las *Efesíacas* de Jenofonte de Efeso (s. II); *Leucipa y Clitofonte* de Aquiles Tacio (s. II); *Dafnis y Cloe* de Longo (finales del s. II y principios del s. III); y *Las Etiópicas* de Heliodoro (s. III). A estos textos hay que añadir los fragmentos encontrados posteriormente y los resúmenes de *Las maravillas allende Tule* de A. Diógenes, y de las *Babilónicas* de Jámblico que Focio recogió en su *Biblioteca*. Véase B.E. Perry, *The Ancient Romances: A Literary-Historical Account of their Origins*, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles, 1967.

³ Las novelas bizantinas de la época de los Comnenos son las siguientes: *Rodante y Dosicles* de Teodoro Pródomo, *Drosila y Caricles* de Nicetas Eugenianos, *Aristandro y Calitea* de Constantino Manases, *e Ismine e Isminias* de Eustacio Macrembolita. Se trata de textos poco accesibles de los que no siempre hay traducciones. Un erudito como Menéndez Pelayo decía en sus *Orígenes de la novela* que no merecía la pena abrumar la mente con los estrafalarios títulos de estas novelas que ya nadie lee. En la época de los paleólogos (s. XIV) se escribe un reducido número de novelas en lengua demótica. Todas, excepto *Calímaco y Crisóroo*, atribuida a Andrónico Comneno Doukas Paleólogo, son anónimas (véase la edición de C. García Gual, Alianza, Madrid, 1991). Son las siguientes: *Beltrando y Crisanza*, *Imberio y Magarona*, *Lívistro y Rodamna*, y *Florio y Patsiaflora*. De todas ellas hay traducción en español de J.A. Moreno Jurado en Gredos, Madrid, 1998; en Secretariado de Publicaciones, Sevilla, 1994, y Padilla Libros, Sevilla, 1996, respectivamente. Sobre la novela bizantina puede verse también R. Beaton, *The Medieval Greek Romance*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

⁴ Existe no obstante una excepción: la *Historia Apollonii regis Tyri*, la única novela de tipo griego que produjo la latinidad y conoció la Edad Media. Su procedencia de un modelo latino explicaría que sea la única que sigue el esquema aventurero de las novelas presofísticas. El más de un centenar de manuscritos conservados de la historia de Apolonio indica la popularidad de que gozó durante toda la Edad Media. Las versiones existentes parecen proceder de un texto latino del siglo V o VI hoy perdido. A partir de él se originarían cinco ramas o versiones en lengua latina: la *Historia Apollonii regis Tyri*, (ss. IX y X); *Gesta Apollonii regis Tyri metrica* (s. XI); la versión de los *Carmina Burana*; la del *Pantheon* de Godofredo de Viterbo (s. XII); y la de los *Gesta Romanorum* (s. XIV). Tres son las versiones en castellano: *El libro de Apolonio* (s. XIII), *La novela de Apolonio* prosificada del siglo XIV y la Patraña XI de *El Patrañuelo* de Timonedra (1567). Véase la introducción de D. Corbella a su edición del *Libro de Apolonio*, Madrid, Cátedra, 1992.

⁵ De las *Etiópicas* se conocen veinticuatro manuscritos de los cuales seis son de capital importancia para

códice *Laurentianus Conventi Soppresi* n° 627 (del siglo XIII), la novela de la Antigüedad no se conoció en Occidente hasta finales de la Edad Media.⁶ Este desconocimiento no significa que no existiera; lo que sucede es que se convierte en un género parasitario, que necesita de otros para subsistir.

La novela de aventuras de la Antigüedad opera con categorías tiempo-espaciales abstractas y estáticas. El tiempo de la aventura desconoce la duración temporal porque el paso del tiempo no se incorpora a las series regulares que marcan la duración. Todo lo que ocurre en estas novelas es excepcional. De ahí que la única duración que conoce la aventura es la que se produce en los momentos excepcionales: la duración tensa, marcada por la simultaneidad espacio-temporal o, como diría Bajtín, por la casualidad emprendedora.⁷ De esta concepción temporal se desprenden dos consecuencias inmediatas. El tiempo de la aventura es un tiempo reversible. Si el tiempo carece de una duración real y no se incorpora a la biografía de los héroes es dable invertir las secuencias en que suceden los acontecimientos, sin que por ello se resienta la trama argumental. Pero además, la carencia de duración implica que el principio y el final de la novela son los dos puntos contiguos de una biografía. Los hechos que suceden en la novela, al ser extraordinarios, caen fuera del curso normal de una vida

la fijación del texto (el más antiguo, el *Vaticanus* gr. 157 data de finales del siglo XI y el más moderno, el *Parisinus*, Bibliothèque Nationale gr. 2.905, de finales del XV). Sobre la tradición manuscrita véase *Héliodore. Les Ethiopiques (Théagène et Chariclee)*, edd. R.M. Rattenbury y T.W. Lumb; trad. J. Maillon, Les Belles Lettres, París, 1935. Su difusión en Occidente se debió al hallazgo de un manuscrito «después que la librería del rey Matías de Hungría fue saqueada, en el cual saco se halló un soldado alemán que puso la mano encima, porque le vio ricamente estofado, y le vendió al que después le hizo imprimir en Alemaña» (véase, «Traducción del prólogo de J. Amyot en la versión francesa de la *Historia etiópica*, incluida por un secreto amigo de su patria en los preliminares de la edición de Amberes de 1554», en *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea. Traducida en Romance por Fernando de Mena*, ed. y prólogo de F. López Estrada, Madrid, 1954, p. LXXXIII). La primera edición se publicó en Basilea en 1534. Con anterioridad a la *editio princeps* ya era conocida. Angelo Poliziano la cita en su *Miscellanea* y tradujo al latín un párrafo del libro X en 1498. Y entre los doscientos manuscritos que Juan Lacaris recogió para Lorenzo el Magnífico había uno de las *Etiópicas*. Para la recepción de la novela helenística en los círculos intelectuales bizantinos, véase P.A. Agapitos, «Narrative, Rethoric, and "Drama" Rediscovered: Scholars and Poets in Byzantium Interpret Heliodoros», en *Studies in Heliodoros*, ed. Richard Hunter, The Cambridge Philological Society, Cambridge, 1998, pp. 125-156; y O. Weinreich, «La fortuna di Eliodoro», en *Il romanzo greco. Guida storica e critica*, ed. P. Janni, Laterza, Bari-Roma, 1987.

⁶ El *Laurentianus Conventi Soppresi* n° 627 contenía, entre otros textos, todas las novelas griegas conservadas completas, excepto las *Etiópicas* de Heliodoro, *Quéreas y Calírroe* de Caritón de Afrodiasias y las *Efesíacas* de Jenofonte de Éfeso se han conservado en este único códice y no se tradujeron hasta el siglo XVIII. De *Dafnis y Cloe* de Longo es éste el manuscrito más antiguo; mientras que de *Leucipa y Clitofonte* de Aquiles Tacio se conserva un manuscrito del siglo XII (el *Vaticanus Graecus* 1.349); y tres del siglo XIII (el *Marcianus Graecus* 409, el *Laurentianus Conventi Soppresi* 627 y el *Vaticanus Graecus* 114). Véase B.E. Perry, *The Ancient Romances*.

⁷ Véase M. Bajtín, «Forms of Time and of the Chronotope in the Novel» en *The Dialogic Imagination*, ed. M. Holquist, trad. C. Emerson y M. Holquist, University of Texas Press, Austin, 1981, pp. 84-258.

con lo que puede establecerse una continuidad entre el principio y el final. En consonancia con esta modalidad temporal están el espacio y la imagen del hombre. La duración tensa está determinada por la casualidad y sólo puede darse merced a las simultaneidades espacio-temporales en un espacio ajeno y desconocido, para que el azar, ley que gobierna el mundo aventurero, pueda operar sin restricciones. El héroe que le corresponde a este espacio-tiempo es un héroe privado, porque se mueve en un mundo desconocido con el que no establece ningún vínculo orgánico. Su capacidad de decisión está mediatizada por el azar. Carece de iniciativa y es la fortuna quien rige sus acciones. La trama de estas novelas se organiza mediante una serie de pruebas –penalizaciones y sufrimientos– por las que han de pasar los héroes hasta su reunión final. Una de las más importantes, aunque no la única, son los atentados a la castidad del héroe o la heroína. La defensa a ultranza de la castidad, que en las novelas griegas se manifiesta como una apología de la monogamia, se aviene bien con los presupuestos ideológicos de los primeros relatos hagiográficos. Los nuevos tiempos demandaban también nuevos héroes. Mártires y santos pasaron, así, a incorporarse al elenco de los héroes aventureros del cristianismo. La novela de tipo griego constituyó el gozne sobre el que se asentó la creación de un nuevo género en la era cristiana. La abstracción arquitectónica junto con las penalidades y sufrimientos sin cuento se incorporaron al esquema hagiográfico, que pasó a convertirse en la correa de transmisión que permitió la continuidad del género aventurero durante el medioevo.

El parentesco entre la novela de aventuras y la hagiografía cristiana no es nuevo. Desde que en el siglo XIX Erwin Rohde, en su ya clásico estudio sobre la novela griega (*Der Griechische Roman*), iniciara el debate sobre los orígenes literarios de los *Hechos apócrifos de los apóstoles*, numerosos estudiosos han postulado su relación con la novela helenística, en un claro intento de situar los orígenes de la literatura cristiana en un contexto literario greco-helenístico. Las historias de mujeres castas que aparecen en los *Hechos apócrifos* tienen un estrecho parentesco con las novelas de tipo griego. La historia de Pablo y Tecla abunda en motivos novelescos semejantes a los de *Habrócomes* y *Anthía* de Jenofonte de Éfeso. Tecla admirada de la elocuencia de Pablo, quien en sus sermones hacía apología de la castidad y de la necesidad de huir del matrimonio, abandona el domicilio conyugal para unirse a sus discípulos. Acusada por su propia madre es detenida y encarcelada. Tras tener que exiliarse y sufrir un sin fin de penurias, vuelve a Iconio donde crea una comunidad femenina cuyos presupuestos eran la oración y la observancia de la castidad. En los *Hechos apócrifos* hay otras muchas historias similares; en los de Pedro se narra la historia de Jántipa y las concubinas de Agripa (Agripina, Nicaria, Eufemia, Doris); en los hechos de Andrés, la de Maximila; en los de Juan, la de Drusiana; en los de Tomás, la de Migdonia y Tertia; y en los de Pablo, además, la de Artemila y Eubula. La Edad Media dispuso una favorable acogida a estos relatos. Algunos se recogieron en el *Speculum historiale* de Vicente de

Beauvais y la *Leyenda aurea* de Jacobo de la Vorágine; otros, como la historia de Tecla y Pedro, pasaron a formar parte de las vidas de santos independientes.⁸

Mayor trascendencia tiene la primera novela genuinamente cristiana. Me refiero a las *Recognitiones* de Clemente Romano, también conocida como *Pseudo-Clementinas*.⁹ La obra debe su nombre a su protagonista y narrador, Clemente, sucesor de Pedro como obispo de Roma. El texto narra, en la primera parte, el debate teológico entre Simón el Mago y Pedro (libros I-VI) y, en la segunda, que es la que nos interesa ahora, los infortunios de la familia de Clemente (libros VII-X).¹⁰ El relato comienza con el viaje de Clemente a Palestina para unirse a los discípulos de Pedro. Cuando ambos llegaron a Antarado, Pedro dividió en dos a sus compañeros disponiendo que le precedieran en el camino. De una de estas secciones se encargó Aquila y de la otra Nicetas. Clemente, sin embargo, permaneció junto a Pedro, y fue entonces cuando le contó la diáspora de su familia. Él es el hijo menor de Matidia y Faustino, y hermano menor de los gemelos Faustino y Fausto. Su madre tuvo que abandonar el domicilio conyugal porque soñó que debía dejar su tierra acompañada de sus dos hijos si no quería que pereciera toda su familia. Su padre los embarcó para Atenas y, posteriormente él mismo salió en su busca, tras enviar varios recados y esperar su regreso durante años en vano. Cuando Pedro y Clemente se dirigen a la isla de Arado¹¹ para ver unas columnas de vides de admirable

⁸ Véanse los hechos correspondientes en *The Apocryphal New Testament*, trad. M.R. James, Clarendon Press, Oxford, 1966; E.H. Haight, *More Essays on Greek Romances*, Nueva York, 1945; S.L., Davies, *The Revolt of the Widows. The Social World of the Apocryphal Acts*, Southern Illinois University Press, Carbondale-Edwardsville, 1980; y V. Burrus, *Chastity as Autonomy. Women in the Stories of Apocryphal Acts*, The Edwin Mellen Press, Lewiston-Queenston, 1987.

⁹ El corpus de las *Pseudo-Clementinas* se ha conservado en dos tratados extensos, las *Recognitiones* y las *Homilias*, y dos epitomes, la *Epístola de Pedro a Jacobo* con su respuesta y la *Epístola de Clemente a Jacobo*. La versión latina, traducida por Rufino en el siglo IV, consta de diez libros y se conoce como *Recognitiones Clementinas*; y la versión griega, denominada *Homilias Clementinas*, está compuesta de veinte sermones. Existe, además, un texto siríaco que parece ser una mezcla de la latina y de la griega. Con la primera edición de J. Lefevre d'Estaples en 1504 se pusieron de manifiesto algunos problemas que han despertado el interés de la crítica posterior: autoría, génesis del texto y relación entre las tres series. La mayoría de los estudiosos están de acuerdo en que tanto las *Recognitiones* como las *Homilias* proceden de un texto anterior, que para un sector de la crítica sería *Los viajes de Pedro (Periodoi Petrou)*. Véase F. Stanley Jones, «The *Pseudo-Clementines*: A History of Research», *The Second Century*, II (1982), pp. 8-14; y R.I. Pervo, «Early Christian Fiction», en *Greek Fiction: The Greek Novel in Context*, ed. J.R. Morgan y R. Stoneman, Routledge, Londres-Nueva York, 1994, pp. 239-254.

¹⁰ Para una traducción al inglés véase *The Ante-Nicene Fathers*, VIII, ed. de A. Roberts y J. Donaldson, introducción de M.B. Riddle, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1903, pp. 67-346. Para la traducción española, véase *Recognitiones, Obras de San Clemente Romano*, I, trad. A. Agustín y García, El Progreso Editorial (Biblioteca Clásica del Catolicismo), Madrid, 1889. La primera parte de esta novela, el debate teológico entre Simón el Mago y Pedro, está también recogida en el capítulo LXXXIX, «San Pedro Apóstol», de la *Leyenda aurea* de Jacobo de la Vorágine.

¹¹ Nótese que es el mismo lugar donde se encuentran Quéreas y Calíroo en la novela de Caritón de Afrodiasias.

altura, se encuentran con una mendiga, Matidia, que resulta ser la madre de Clemente. Luego, camino de Laodicea, Matidia reconoce a sus hijos gemelos que, casualmente, son Aquila y Nicetas, los discípulos de Pedro, que habían sido separados de su madre, víctimas de un naufragio. Más tarde, un anciano se presenta ante Pedro e intenta persuadirlo de que el mundo no está gobernado por la providencia divina. El anciano no es otro que Faustiniano, el padre de Clemente. Al final de la novela se descubre la verdadera causa del abandono del domicilio conyugal de Matidia: el hermano de Faustiniano había intentado seducirla y ésta se vio obligada a huir para evitar el enfrentamiento entre los hermanos. En el relato de Clemente encontramos los motivos más productivos del género de la aventura de tipo griego: diáspora de la familia, como en las novelas presofísticas de Caritón y Jenofonte, naufragios, persecuciones, atentados contra la castidad, falsas muertes, etc. El mismo título de la obra *Reconociones* nos remite a uno de los motivos más frecuentados por las novelas griegas: la anagnórisis.¹² Y lo que es más importante, Clemente tiene una concepción del tiempo marcada por la casualidad, propia de la novela greco-helenística. Pero, a diferencia de ésta, la ley del azar se sustituye por la voluntad divina, responsable, en último término, de que Clemente recupere a su familia. La acción de la novela hagiográfica hay que situarla siempre en el mundo de Dios. Cada momento de la acción del protagonista tiene sentido exclusivamente si va dirigido a Dios, cuya voluntad se impone como autoridad incuestionable y rectora de los designios humanos. Así el tiempo reversible y verosímil de la novela griega va cediendo en favor de un tiempo milagroso, pues la omnipotencia divina puede alterar el devenir de los acontecimientos. Esto implica una comprensión temporal dinámica que tiene el germen de la evolución posterior hacia categorías temporales más matizadas.

Este relato da lugar a dos importantes ciclos narrativos en el marco del género de la aventura en la Edad Media. Al primer ciclo, conocido por el nombre de Crescencia-Constanza-Hildegarda, pertenece un grupo nada desdeñable de relatos entre los que destacan: *Cuento de una santa emperatriz*, *Otas de Roma*, *Carlos Maynes*, *Mainete o Berta la de los pies grandes*.¹³ Todos ellos, aunque con ligeras variantes, desarrollan el viejo tema folclórico, presente ya en la *Vida de Esopo*, de la mujer casta que ha de huir del hogar conyugal o paterno para defender su castidad y, al final, tras múltiples vicisitudes es restituida a su estado primigenio.¹⁴

¹² El mismo Rufino, en su introducción a la obra, emplea el término *anagnóseis* como sinónimo de *reconociones*.

¹³ Véase L. Romero Tobar, «La prosa narrativa religiosa», en *Grundriss der Romanischen Literaturen des Mittelalters*, Heidelberg, 1985, vol. IX, t. I, fasc. 4, pp. 44-53; y del mismo autor, «Fermoso cuento de una Santa Emperatriz que ovo en Roma: entre hagiografía y relato caballeresco», en *Formas breves del relato*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1986, pp. 7-18.

¹⁴ Para un estudio de las diferentes variantes de este tema, véase M. Schlauch, *Chaucer's Constance and Accused Queens*, New York University Press, Nueva York, 1927.

El segundo ciclo desarrolla la historia de los gemelos separados por los avatares de la fortuna. En él pueden incluirse los relatos que se inspiran en la leyenda del caballero Plácidas, más conocida como de San Eustaquio. La primera noticia de esta leyenda aparece en una poesía latina del siglo VI, según lo atestiguan los *Acta Sanctorum*, mientras que la leyenda tal cual se lee hoy no se conoce antes del siglo VIII. Un breve resumen fue insertado en un martirologio del siglo X escrito por orden del emperador Basilio y conocido con el nombre de *Menologium graecorum*. Simeón Metaphrastes amplió la leyenda, y en el siglo XIV Nicephoro Callisto en su *Historia ecclesiastica* dedicó algunos pasajes a la vida del santo. En cuanto a la literatura latina de la Edad Media, Vicente de Beauvais incluyó una versión en su *Speculum historiale*; Jacobo de la Vorágine, en la *Legenda aurea*; y de esta pasó a los *Gesta romanorum*. Sobre su origen el consenso no alcanza a establecer una fuente común. Para Bousset la leyenda se remonta a un viejo cuento oriental que penetró en el mundo helenístico hacia el siglo I; mientras que para W. Meyer-Speyer, la versión griega derivaría de la latina, siendo las leyendas asiáticas meras traducciones o paráfrasis de los relatos hagiográficos.¹⁵ Sea como fuere, en la literatura latina hay antecedentes que se remontan al siglo III a.C., como, por ejemplo, la historia de *Los dos Menecmos* de Plauto, que parece proceder del antiquísimo culto pagano de los dioscuros. En la literatura española ha dado lugar a tres obras de desigual importancia: el *Libro del caballero Zifar*, la *Historia del caballero Plácidas* y la *Crónica del rey Guillermo*.¹⁶

Este largo maridaje entre novela de aventuras y hagiografía dejó una profunda huella en el tiempo de la aventura. La verosimilitud de la novela griega fue cediendo en favor del tiempo milagroso de la hagiografía, dando lugar, a la postre, a la aventura fantástica, dicho en otras palabras, a la novela de caballerías. Es más, podría decirse que la novela de caballerías es una especialización de la novela de aventuras. Y si en ésta, la casualidad desviaba el curso de los acontecimientos, se aspiraba a restaurar el orden interrumpido, en aquélla, la irrupción de la casualidad se generaliza y sólo se espera lo extraordinario. Surge así un nutrido grupo de obras híbridas a mitad de camino entre la aventura de tipo griego y la novela de caballerías, entre las que destacan *Flores y Bancaflor*, *Pierres y Magalona*, y *París y Viana*, por mencionar las que fueron auténticos *best-sellers*, valga el anacronismo, en su época.¹⁷

¹⁵ Véase A. Haggerty Krappe, «La Leggenda di San Eustachio», *Nuovi Studi Medievali*, III (1926-1927), pp. 223-258; para un análisis de las versiones orientales, G.H. Gerould, «Forerunners, Congeners, and Derivatives of the Eustace Legend», *Publications of the Modern Language Association of America*, XIX (1904), pp. 335-448; A. Montiverdi, «La leggenda di San Eustachio», *Studi Medievali*, III (1908-1911), pp. 169-229 y 392-498, y G. Lemieux, *Placide-Eustache. Sources et paralleles du conte-type 938*, Les Presses de l'Université Laval, Quebec, 1970.

¹⁶ A. Montiverdi menciona, además, *Las quatro estrellas de Roma y el martirio más sangriento de San Eustaquio* de un ingenio de Talavera la Real, impresa, al parecer, a mediados del siglo XVIII (A. Montiverdi, «La leggenda di San Eustachio», p. 495).

¹⁷ Aunque las tres se imprimieron a principios del siglo XVI, se conocían ya en la Edad Media. A media-

Desde el punto de vista temático estas novelas siguen la línea argumental de la novela griega de la Segunda Sofística (Heliodoro, Longo, Aquiles Tacio), en la que los avatares de una pareja de enamorados suplantán las peripecias familiares de las novelas de Caritón y Jenofonte. Los amantes huyen de su patria natal, porque los padres se oponen a la celebración del matrimonio. En *Paris y Viana* la desigualdad social es el móvil que los empuja a la huida; en *Pierres y Magalona*, el futuro matrimonio de la protagonista; y en *Flores y Blancaflor*, la oposición paterna. En cuanto a la disposición espacio-temporal se ajusta a los dictados de la novela de tipo griego. Aunque la aventura acaece siempre en mundos extraños (Paris, de origen galo, vaga por Constantinopla, Jerusalén o Babilonia; y Pierres, natural de Provenza, por Alejandría), ya parece anticiparse la dirección que tomará la novela en los siglos posteriores, al combinar el mundo ajeno y el conocido (Viana regresa a su lugar de residencia y Magalona permanece en Provenza). En el plano temporal, la casualidad, como he señalado a propósito de las *Pseudo-Clementinas*, está regida por la voluntad divina y la verosimilitud de la novela griega se reemplaza por el tiempo fantástico. El texto castellano de *Flores y Blancaflor*, frente a otras versiones más centradas en reflejar los valores de la *fin'amors*, la autenticidad histórica de lo narrado o el sentimentalismo de los amantes, incide, sobre todo, en las aventuras casuales desde el comienzo. Precisamente durante la peregrinación a Santiago de los padres de Blancaflor, Topacia y Persio, se declara la guerra entre moros y cristianos. Los soldados del rey Felice pasan a cuchillo a Persio y esclavizan a Topacia, con lo que Blancaflor nace en cautividad, casualmente, el mismo día que Flores. Pero, simultáneamente, emerge el tiempo fantástico. Blancaflor le regala a Flores un anillo mágico que tiene la virtud de avisar al amante de los peligros de la amada;¹⁸ tendencia que se intensifica en novelas como *Clamades y Clarmonda* o *Partinuplés*, que se sitúan en los límites del género, aunque sin olvidar que en la Edad Media la hibridación es inherente a la novela de aventuras de tipo griego.¹⁹

dos del siglo XII, el trovador catalán Giraut de Cabreira nombra en uno de sus poemas a Flores. El Arcipreste en «la cantiga de los clérigos de Talavera» menciona a *Flores y Blancaflor*. Los poetas del cancionero de Baena vieron a Flores y Blancaflor y a Paris y Viana como prototipo de leales amantes. Francisco Imperial en su *Dezir de las siete virtudes*, compuesto al nacimiento del rey don Juan en 1405, le augura éxitos amorosos mayores que los de Paris y Viana, los de Flores y Blancaflor y los de Oriana y Amadís (copla 250). Para la popularidad de estas novelas y su difusión, véase la introducción de N. Baranda y V. Infantes a su edición de *Narrativa popular de la Edad Media*; «La doncella Teodor», «Flores y Blancaflor» y «Paris y Viana», Akal, Torrejón de Ardoz, 1995.

¹⁸ Véase N. Baranda y V. Infantes, *Narrativa popular de la Edad Media*, p. 102.

¹⁹ Junto a estas señas de identidad propias de la novela de aventuras, encontramos también vestigios emparentados con la tradición trovadoresca o épica, como el amor de oídas (Pierres se enamora de Magalona de oídas); el compromiso secreto; la polionomasia (Pierres se cambia el nombre por el de caballero de las llaves) o la importancia del linaje (tanto en *Paris y Viana* como en *Flores y Blancaflor* el poeta cuenta su prosapia entreverada de motivos folclóricos). Algunos se perderán; otros, como la polionomasia, se incorporan definitivamente al género aventurero.

No se agota, desde luego, con los textos mencionados la nómina de novelas de aventuras medievales, pero sí constituyen el embrión que dará lugar a uno de los géneros más leídos hasta bien entrado el siglo XVI. Se trata de un proceso de ida y vuelta. Los relatos hagiográficos vieron en las pruebas de los protagonistas de las novelas griegas un modelo de virtud a imitar y, al mismo tiempo, estos relatos conservaron la memoria histórica del género hasta que en los siglos venideros renazca de nuevo independizándose de la novela de caballerías y manifestándose como un género autónomo.

El *LIBRO DE LOS PELEGRINOS* pueden situarse las raíces de una tradición que no fue del todo lineal que posar en localizats punts d'interès, amb una seqüència de referències diferenciades, equivalents a lo que la literatura dels segles XIV i XV, en particular, té a veure amb la crida de l'ABNL i, tot aprofitant, la seva força per a la creació d'una nova, a les segles següents pelegrins relata contenen els als elements temàtics i els temes acollidors del viatge per a dispositar el nostre interès. Els tres, després, s'aproximen amb esta fet de la marxa nítida i rometa de la realitat a l'el·lípticament literari medieval. Donat que, ja queda de l'els itineraris i creien i no solament geogràfics sinó també, o encara més, els mentals, el nostre present exacte superposen les ones llibres de recerca. De aquí que el reconeixent origen de la literatura actual rigida, en nostres treballs anteriors, final i tot quan ens caldria procurar i així de moltes en la matèria i documentació irascible: Richard, Zumalacabarri i Rubió i Delgado, posen un cas – cas remota i a no dignos en se l'els fèren en cada una d'aquelles etapes o en altres paral·lels d'aquella, etc. – les convocatòries de l'ABNL i els següents de la EHR (UCM) – en necessitat un bon *aport bibliogràfic*, que l'única excusa de l'actiu de Gudiol, indicat a la nostra oportunitat de 1997, com base de reconstrucció i de parat d'indicacions seves que llavors no particularitzàrem, precisarem, la nostra.

Com a dit amb aquesta *rometa i oportunitat*, novament al 2010 de l'AHM, després de delimitar intenció i abast del present treball, hem llegit de nou i de nou a l'el·líptic. Per ara, a aquests *pelegrins* els convé el mèit. Guillem de Cabanilles propostava un bon exemple.

Véguem J. Gudiol, «De peregrinos i peregrinages religiosos a cartularios», *Andalusia Sacra* 7 (1976), pp. 93-119; i M.º, Madrids, E.H. Orts i J.M. Fábregas, «Peregrinages literaris, romances i altres i realitat històrica i la ficció. Cap a una tipologia del pelegrin a la literatura catalana medieval», *Actes del VI Congrés Internacional de la Asociación Hispánica Medieval*, II ed., J.M. Linares Muñoz, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1997, pp. 937-946.